BUENAS NOCHES A TODOS

POR

JAIME SILES

1. PISANDO EL SUELO OTRA MAÑANA

Yo, Jaime Siles Ruiz,
teniendo conciencia plena de mis huesos,
escuchando a diario el latido del alma,
afirmo mi existencia aquí en la tierra.
Sobre el suelo se apoyan mis miembros
aunque la mirada tienda sus ojos al infinito;
mi paso rítmico y mecánico, fruto
de una máquina muscular providencialmente en mí dispuestas,
de fe de que estoy entre vosotros.
He conocido el amor adolescente
y por lo tanto la melancolía de ello derivada;
soy uno más de los que a una hora
determinada se levantan y marchan
a clase o a su trabajo. A una
bien fijada hora como y tan sólo
mis tardes pierden, en ocasiones, tonalidades
de su grisura eterna.
No suelo andar todo el tiempo por la calle
y paso mundo y vida, no totalmente, en mi cuarto.
Mis amigos más íntimos son los libros
aunque también tengo otros muy avenidos.
La soledad me tienta continuamente
y hundiendo en mí sus uñas
y desgarrando la tela de mi corazón
me envuelve, exprimiendo la poesía
que empapa mi esqueleto.
Desearía conoceros un poco más,
comprenderos uno a uno, tener tertulias
interminables con vosotros y desbordar,
si es que todavía queda algo para desbordar,
cuanto de amor hay en mi boca.

Los dientes piden a gritos sus víctimas
y tener que darles por pasto otra pena
de las cotidianamente padecidas,
será mi ocupación más inmediata.

2. EPILOGO PARA CHOPIN

Tu música me sabe
a paso de caballo jerezano,
a cielo sosegadamente ardiendo,
a torrentera de pasión desbordada
por los montes del olvido,
a sangre taconeada sobre tierra árida.
Veinte muchachas doblando su talle,
zapatos moviéndose cadenciosamente,
brazos en lucha inmortal
contra el tiempo,
beso de viento sobre pecho desnudo,
eso se ve al aspirarte.
Súbitamente un estremecimiento
arde y sube y nos traspasa
y entonces proferimos un grito
como de trueno esplendoroso
casado con el rayo
y nos sentimos invadidos de dolor
y sabemos de tu tristeza
y conversamos no contigo,
sino con tus vómitos de alma y de sangre
y ya sin escucharte
vamos yéndonos,
ascendiendo... alejándonos de nuestras miserias.
Y finalmente,
arrastrados en torbellino otoñal
por ese mundo del arte,
irónicamente idealizado,
olvidamos que somos materia,
que somos seres
y nos hacemos nube
y nos creemos sol
y olemos a luna

y así, extraviándonos,
podemos continuar sufriendo,
seguir sangrando,
andar luchando,
vivir muriendo.

3

Este romperme en las esquinas
como el viento,
dejándome el aliento enamorado,
me bautiza hijo de la tierra,
me hace hombre del mundo y de la muerte
y así me realizo, humanamente hablando,
transcurro y vivo.
Vivir es meditar sobre la muerte,
llevar sobre el corazón una espada
y decir a la noche silenciosa:
«He llegado. ¿Me oyes?»
Bañarte en las aguas del dolor
sudando lágrimas de llanto
hasta en los poros
y vomitar entristecido siempre
palabras de amor o de desvelo,
de alegría o desesperanza.
A veces tropiezas con Dios en una calle
y te quedas perplejo y asombrado.
«¡Cuánto tiempo hace que no te veía!»
—dices— y la llamada profunda de la tierra
te convoca. No te detienes y sigues.
Dios ve cómo te alejas,
hasta que un día mudándote de casa
tus pies ya no resbalan por la vida
y cara a cara le miras a los ojos
y te entregas diciendo:
«He terminado.»

4. LLANTO POR OCCIDENTE

Con un murmullo metálico en el vidrio
y un claveteo de agua en el espejo
del suelo amanece la tarde.
En el aire dibuja su cuerpo el aliento,
fugitivo etéreo del frío.
Aquí en el crepúsculo parece detenerse la vida
y la muerte siembra en su huerto semillas de tristeza.
En un nadismo primitivo siempre
habita el alma en el día oscuro.
Con sangre y odio progresa el mundo
y se debate en horrible destrucción
hacia una tan incógnita como desesperada salida.
Cerrar los ojos y olvidarlo todo,
hundirse lento en un profundo sueño,
echar raíces en la nada del ser
y allí enquistado continuar latiendo.
Occidente me duele hasta en la entraña
del corazón meditabundamente ajado.
Tomo sus pulsos con saladas lágrimas
viendo resquebrajarse sus cimientos,
demolerse sus pilares y caer,
sin remisión posible de elevarse.
Sigue la lluvia en la ventana.
Miro. Contemplar es sollozar
y la memoria pierde sus páginas
escritas por los siglos, hombres y fechas,
que mueren en un grito
del Occidente agónico en su fin.

5. DIOS ATARDECE

Estás atardeciendo, Dios,
como manchado
de la sangre roja de tus
ojos, a punto de cerrarse.
Ya tus pestañas, rayos
que mañana cruzarán

los cristales de mi habitación,
parecen dilatarse,
extenderse,
queriendo de esta manera,
facilitar la entrada
a tus lágrimas, estrellas de la noche.
Unos momentos eternos o diarios,
da lo mismo, bastarán.
Será suficiente que juntes
los labios de tu mirada,
para así cerrar la boca de tus ojos,
Mañana volverás resplandeciendo
el mar y hasta la aurora
alimentando de luz la tierra
te llevará unido a su manto
a diferentes lugares del planeta.
¡Qué suerte la tuya, Señor!
Nacer y atardecer
en unas horas,
para tras unos nuevos instantes
volver a renacer y a remorir.
Nadie nace ni muere
como tú,
dos veces en veinticuatro horas, Señor.

6. MEMORIA TEMPORAL

Estas horas que toco,
que respiro y abrazo
como granos de uva
del racimo del tiempo,
lentamente sepúltanse
en la nada;
se han fusionado
en lo que fue
y no es,
en el pretérito:
a muerte huele
el polvo de su paso.
Su dirección la ignoro
y de su origen sé

lo que del tiempo
sabemos los mortales:
su división
en partes más pequeñas.
El Cronos griego mataba
a sus retoños,
explicación gozosa
de un pueblo que se sabe
morador del tránsito
y vecino del fin.
Pero nosotros,
los habitantes vivos de lo que es,
de lo que deviene en no ser
y en ser simultáneamente,
los que viviendo somos vividos,
nosotros que vemos
el transcurso de las horas
en los huesos,
no sabemos del tiempo
otra cosa
que lo sido ya,
que lo que a la sirga del viento
camina hacia el olvido,
que lo que el fuego
transforma en ceniza,
que lo que reside
hediondo de historia
en un estante de biblioteca.
La naturaleza habla
del río y su erosión,
de la espuma del mar
y de su arena.
Ni a donde va,
ni de donde viene,
únicamente que late
y lo sentimos,
sólo que es
(y cuando digo esto
está pasando ya)
nada sabemos
de su origen ni de su fin.

Ignoramos todo de nosotros,
criaturas del tiempo
y víctimas del tiempo
(diríase que nuestro padre
vuelve sus armas contra nosotros
y celoso de nuestra vida,
nos arrasa,
nos aniquila,
y cuelga nuestros restos
para que los descendientes
conozcan algo de su futuro),
Hermano,
escúchame y sábete
sinónimo de las horas,
ya que tu existencia
será un permanecer periódico
y rielante,
temblando entre dos fechas.
Discúlpame si en esta tarde
última de un año agonizante,
he hecho nublarse tus ojos
y arrojado hirientes piedras
contra tu corazón.
Entender el tiempo
es mi propósito
aun cuando sé
que la última letra
que me sale del pecho
ya no es
y que cuanto escriba
de amarillo lo ajará
ese eterno proceso
ignorante de su principio
que fluye en busca de un desesperado final

7. TRAGEDIA DE LOS CABALLOS LOCOS

Dentro de los oídos,
ametralladamente,
escucho los tendidos galopes de caballos,

de almifores perdidos
en la noche.
Levantan polvo y viento,
al golpear el suelo
sus patas encendidas,
al herir el aire
sus crines despeinadas,
al tender como sábanas
sus alientos de fuego.
Lejanos, muy lejanos,
ni la muerte los cubre,
desesperan de furia
hundiéndose en el mar
y atravesándolo,
como delfines vulnerados de tristeza.
Van manchados de espuma,
con sudores de sal enamorada,
ganando las distancias
y llegan a otra playa
y al punto ya la dejan,
luego de revolcarse, gimientes,
después de desnudarse las espumas
y vestirse con arena.
De pronto se detienen.
Otra pasión los cerca.
El paso es sosegado
y no obstante inquieto,
los ojos coscurantes
previniendo emboscadas.
El líquido sudor que les cubría
se ha vuelto, de repente, escarcha
gélida.
Arpegian sus cascos al frenar,
el suelo que a sus pies se desintegra.
Ahora han encontrado
de siempre, sí, esperándoles
las yeguas que los miran
con ojos de racimo maduro pendulante.
Ya no existe más furia, ni llama,
que el amor, la dicha de la sangre,
las burbujas amorosas que resoplan
al tiempo que montan a las hembras.

Y es entonces el trepidar de pífanos,
el ruido de cornamusas, el musical estrépito
que anuncia de la muerte la llegada.
Todos callan. Los dientes se golpean quedándose
soldados.
Oscurece. La muerte los empaña,
ellos se entregan y súbito
como en una caracola fenecida,
en los oídos escucho
un desplomarse patas rabiosas,
una nube de polvo levantada por crines
un cataclismo de huesos
que la noche se encarga de enviar hacia
el olvido.

8. A JOSE RIBELLES

Halcones bien sabidos,
de cetrería fina,
mordisquean
mis ojos, las cuencas
semblan grutas,
cavernas sin salida,
paredones oscuros
donde
la muerte sólo
cabe. Me cepillan
el ánimo
gamuzas de diamante,
cortantes y afiladas saetas
me acarician.
La garganta
me la degolló
la insistente
mirada de los
arces, esperando
las cejas y los párpados,
las pestañas
que nunca se engendraron.

Veo
la última montaña
del mundo,
escucho
el estertor del mar,
su día postrero
cuando
las venas surcadas por espuma
se le
llenen de arena
y
horizonte
tenga como nariz
una alta roca.
Pero decidme
cual
sea
mi culpa,
mi pecado,
la horrenda
falta cometida
en la persona inasible
del dios viento.
Decídmelo
pues suelo
deshojando los días
preguntarme
quién me amasó
tan
triste
el
respirar,
tan
débil
estos
labios
y un olfato
incapaz
de oler
sangre caliente.
Me inquiro,
haciéndome
diana

de
interrogantes,
para ser
un erial
desgarrado
de
respuestas.
Quien me hiciera
tan
sutil
el mirar
que me quebrante o
moriré
desangrado por
la espina
de un
rosal,
cuando
en realidad desearía
no ver en vuestra piel
la muerte dibujada,
ni en vuestros huesos
toscos ataúdes,
ni en vuestras manos
el color amarillo
del otoño.
Por eso tengo ataques
de locura,
epilépticas ansias
de poneros
en la boca
millones de años,
sólo por no escuchar
el cruel chasquido
de nuestra voz apagándose
tenue como una vela,
vuestros dientes estañados,
vuestra mirada
cubierta de cerrojos
que han perdido
sus llaves en los siglos.

9. NOCTURNO PARA SERGIO ESENIN

De tanto que querría
deciros esta noche,
dormida eternamente
en mi memoria,
ahogando la garganta
de la alegría
y soplando el fuelle
de la fragua del dolor,
no sé qué deciros
y os digo, como tú, Esenin,
tú, ilustre Sergio Esenin:
¡Buenas noches!
¡Buenas noches a todos!

JAIME SILES
Plaza de Xúquer, 1
VALENCIA